

18 - 08 - 89

Vicente Durán Casas, S.J.

Director Revista Javeriana

Siempre me ha llamado mucho la atención el constatar que no son pocas las personas que consideran importante contarle a los demás dónde estaban y cómo reaccionaron cuando se enteraron del cobarde crimen de Luis Carlos Galán Sarmiento, en la plaza de Soacha, hace exactamente quince años. Es como si la historia se hubiera partido en dos. Como si las cosas hubieran tomado, desde entonces, otro rumbo. No hay duda: aquel instante vespertino del 18.08.89 produjo en el ánimo tal cantidad de emociones encontradas que la gente, a pesar del paso de los años, necesita contarlas, compartirlas con alguien. Confieso que soy una de esas personas. Me encontraba en Munich, Alemania, realizando estudios de postgrado. Lo que más recuerdo, después de un sentimiento amargo de infinita congoja, es que intentaba explicar a muchos colegas y amigos, estudiantes y profesores, quién era Luis Carlos Galán y por qué lo habían asesinado. Comenzaba diciendo que era un verdadero dirigente nacional, quizás el único que yo había conocido, que era egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Javeriana, y que en pocos meses habría podido haber alcanzado la Presidencia de Colombia para producir los cambios y las transformaciones que Colombia en ese momento requería. Les decía luego que Galán, que era como más se le conocía, se había ido convirtiendo, tras una dura lucha política, en el paladín de una interminable contienda contra la corrupción política, que había enfrentado con arrojo y decisión a las temibles mafias del narcotráfico, y que había alcanzado un apoyo popular sin precedentes en la reciente historia de Colombia. A pesar de ello, siempre tuve la sensación de que nadie -o casi nadie- me entendía, no sólo por la dificultad evidente de la lengua, sino porque siempre quedaba en el ambiente la duda acerca de si lo que yo contaba se ajustaba a la realidad y acerca de si eso podría llegar a ser comprendido por alguien extraño por completo a las particularidades y contingencias de un país tan anómalo como lo era Colombia a finales del siglo XX. El hecho es que con la muerte precoz de Galán se mezclaban elementos emocionales y racionales que sólo ahora puede uno intentar comprender y estimar con una mayor objetividad. Muchos creíamos que Galán representaba una especie de salvación para Colombia. Por eso su muerte nos produjo, antes que cualquier otra cosa, profundos sentimientos de desamparo y frustración.

El tráfico de estupefacientes se había ido introduciendo, en forma disimulada y perversa, en la vida nacional, y había corrompido la política, el deporte, las instituciones, y lo más grave, la moral del trabajo, que es el elemento que saca adelante a una nación incluso cuando se encuentra en medio de las más profundas crisis sociales y económicas. La mafia del narcotráfico, organizada en no pocos carteles de muy variada configuración y aspecto, le estaba trocando el alma a todo el país, y Galán fue quien lo vio con más claridad y lucidez. Por eso fue inflexible. Por eso fue claro. Por eso lo mataron.

“Sólo espero que Colombia sea consciente de cambiar antes de que sea tarde”, había dicho Galán poco antes de caer ultimado. Y la verdad es que todavía no sabemos si fuimos capaces de cambiar antes de que fuera demasiado tarde. Tras la no fácil derrota de las principales cabezas del cartel de Medellín, el narcotráfico aprendió más de una lección, por ejemplo, que más vale aliarse con el Estado desde dentro que enfrentarse con él a punta de saña y terrorismo. Y fue así como tuvimos durante cuatro años un Presidente que vendió su candidatura a los amos de la cocaína y difusores de la muerte, y que le dejó al país una lección moral nefasta y altamente perjudicial: que se puede mentir siempre y cuando a uno no lo pesquen o no se lo puedan demostrar.

Pero Galán no luchó únicamente contra la corrupción y el narcotráfico. Buscó por todos los medios modernizar y hacer más eficientes las costumbres políticas de todo un país acostumbrado al letargo de una política tediosa y perniciosa. Su disidencia del Partido Liberal Colombiano en las elecciones presidenciales de 1982 tenía un contenido de denuncia programática: ese partido se parecía más a un club de politiqueros de oficio que a una conjunción de ideas liberales con mínimos fundamentos morales de valor universal. Galán fue enemigo declarado de la clase política -liberal y conservadora- que hace de la política un negocio familiar o regional. Galán creyó que era posible organizar las ideas liberales a partir de una base moral, y la verdad es que fue derrotado. Poco a poco tuvo que volver al redil de un partido político que no había cambiado mucho desde las épocas de Turbay Ayala y López Michelsen. Fue su gran concesión, y fue también su gran equivocación. Si bien se le abrieron las puertas de una maquinaria bien aceiteada y experimentada, se hizo más vulnerable que nunca. Galán fue traicionado por muchos que estuvieron a su lado durante sus últimos años. El precio fue pagado con su propia sangre.

Galán nunca fue un político de izquierda. Cuando intentó serlo, como cuando se opuso a las negociaciones internacionales del carbón de la Guajira, le fue mal y se equivocó. Creo que Galán entendió que en

un país con tan altos índices de corrupción, la izquierda resulta o inviable o cómplice —no hay que olvidar que el Estado es el primer foco de corrupción. En sociedades modernas la justicia social y la corrupción son incompatibles. Lo primero que hay que hacer para favorecer una distribución justa de bienes y servicios es tener instituciones fuertes y organizadas para favorecer el bien común y el desarrollo social y productivo. Para distribuir, primero hay que producir, y para producir hay que garantizar la existencia de instituciones verdaderamente limpias, transparentes y estables frente a los procesos productivos y de intercambio. Galán no luchó por un cambio radical en la orientación de la política económica, pero sí por un cambio en las instituciones, para que estas puedan garantizar y favorecer un crecimiento económico con equidad. Galán no fue populista con promesas. Quizás por eso mismo alcanzó, para sorpresa de muchos, los más altos índices de popularidad y credibilidad en Colombia.

La mayoría de los estudiantes universitarios de hoy se encuentran entre los 16 y los 21 años de edad y por tanto no tienen una memoria viva de lo que significó para Colombia Luis Carlos Galán Sarmiento. Por eso REVISTA JAVERIANA ha querido recordar la memoria de este gran colombiano y actualizar su pensamiento y su lucha.

Galán no fue el Mesías que muchos creímos que era. Fue un hombre como muchos, un universitario idealista, un periodista sensato y libre, y un político con los pies en la tierra. Fue un hombre con cualidades y defectos, que se equivocó y supo rectificar y corregir sus errores. Fue un hombre honesto que hizo de la rectitud una herramienta para construir una patria mejor para todos. Y fue acerbado por las balas organizadas de criminales perversos.

Pero el significado de su sacrificio perdura todavía en muchos colombianos. Es mucho, muchísimo, lo que aún queda por hacer en su nombre y con el soporte siempre firme de su pensamiento y su carácter: la corrupción aún acecha; el narcotráfico, sucio y sagaz enemigo de la juventud y de la vida, no da tregua; los partidos políticos tradicionales se siguen pareciendo más a nidos de voraces roedores y no acaban de modernizarse y depurarse de los muchos vicios de su pasado inmediato; las instituciones políticas requieren de transformaciones de fondo que nos permitan una mayor estabilidad y una representatividad verdaderamente democrática; la economía cojea, y son muchos los compatriotas sin educación, sin trabajo y sin futuro. Ante este conglomerado de situaciones y desafíos, la memoria viva de Galán se levanta desde sus cenizas e interpela nuestra inteligencia, nuestra voluntad y nuestras agallas. ■